

Briz¹, que era fingido. Forjóse aquel documento para eximir al monasterio de la jurisdiccion episcopal, y es tan disparatado, que Moret, Florez² y todos los escritores concienzudos aseguran, *que su inventor debió ser ignorantísimo*. La titulada canónica de San Pedro de Taberna, y otros documentos de San Juan de la Peña, han sido reconocidos ya por altamente apócrifos, y las vidas de Santos, cuyas noticias salieron de su archivo, parecieron algo sospechosas á los Bollandistas, los cuales á cada paso rebaten muchas de las ficciones de esta época. Las intercalaciones del obispo D. Pelayo de Oviedo están ya conocidas hasta la evidencia. ¿Será, pues, extraño que demos por falsos, ó al menos por sospechosos, los concilios de Oviedo, Leyre, San Juan de la Peña y otros sacados de parajes donde abundan las ficciones y supercherías? ¿Los falsarios se contentarian acaso con forjar un solo documento? ¿No multiplicarian los instrumentos en un mismo punto, y aun en distintos archivos, para que unos vinieran en apoyo de otros, y fuera mas difícil descubrir la supercheria? Estas no se cometen por uno solo; y así como los monederos falsos tienen sus expendedores, los falsarios históricos se avienen igualmente para sostenerse, combinar y divulgar sus errores. Testigos los falsarios de Toledo y Granada en el siglo XVI y XVII: y cuando en estos dos siglos tan recientes é ilustrados se atrevieron los Higuera, Britos, Perez y Lupianes de Zapata á publicar sus nefandos abortos, inundando la España de Santos apócrifos, milagros fingidos, y concilios inventados, ¿extrañaremos que en el siglo XII, mas rudó y atrasado, hiciera una falsa piedad lo que en los siglos XVI y XVII?

Pero digamos también algo en obsequio de los falsarios de los si-

¹ Florez (*España sagrada*, tomo III, disertacion de la misa antigua, § 15) dice que el falsario era tan ignorante que ni aun supo fingir: los yerros son tantos y tan crasos que no admiten correccion ni enmienda. Cita una bula de Alejandro II que en 1188 se declaró ser falsa. Puede verse este disparatado diploma en Yepes: *Cron. de san Benito*, tomo IV, escritura 13, y en el cardinal Aguirre, tomo III, pág. 241.

² Briz, lib. III, cap. xvii de la *Historia de San Juan de la Peña*. Prueba Briz Martínez que se inventó para autorizar en aquella casa de Leyre la exencion que pretendió contra los Obispos de Pamplona. ¿Se extrañará nadie de que demos por sospechoso el concilio de Leyre en que se pretendia que los Obispos de Pamplona fueran precisamente monjes de aquel monasterio? Quien fingió el uno muy bien pudo fingir este otro, que tiene la misma tendencia de vanidad.

glos XI y XII. La mentira, suele decirse, que siempre es hija de algo; y este axioma vulgar tiene completa aplicacion en las falsificaciones frecuentes que se hallan en todas las historias, desde el siglo IX hasta el XII inclusive. No se crea, como han querido suponer algunos, que estas supercherias sean peculiares de España; las hay en todos los países, y aun quizá España sea la menos plagada en tal concepto. En algun tiempo se achacó á nuestro país la fabricacion de las falsas decretales: en el dia los extranjeros mismos nos han vindicado de esta calumnia. Hay mas: las falsificaciones que tanto se nos echan en cara son, casi todas, fraguadas por mano de algunos paisanos de esos críticos que tanto las han ridiculizado.

Mas la falsificacion de decretales nos puede dar una idea del objeto y modo con que se hicieron en España otros fraudes iguales y en la misma época, salvando las proporciones y diferencias. Despues de las diatribas y exageraciones contra las falsas decretales, los canonistas mas cuerdos convienen hoy en dia, viniendo á doctrinas mas templadas, en que ni alteraron la disciplina hasta el punto que se ha querido suponer, ni tuvieron el objeto maquiavélico que se ha solido decir, siguiendo poco cautamente á los Protestantes, sino que se trató por medio de ellas de *legitimar*, digámoslo así, las costumbres y tradiciones que se habian introducido ya de hecho, ó bien algunas prácticas que se iban introduciendo por la variedad y dificultades de los tiempos. Una cosa análoga vemos en los falsarios españoles del siglo X al XII. No es el objeto á veces de adquirir posesiones ó derechos, sino de legitimar la posesion de las que tenian, y cuyos títulos habian desaparecido por incuria, ó por desgracias de la guerra. No es tampoco el de inventar hechos, sino el dar cierta consistencia histórica á noticias tradicionales que circulaban de boca en boca. Si en estos rumores y tradiciones van envueltas, como sucede aun hoy en dia, algunas patrañas, no siempre debemos acusar de falsedad al que las redactó y sirvió de medio para que llegasen hasta nosotros. Habia ligereza y facilidad en haberles dado asenso, pero no mala fe, torcida intencion, ni las aviesas miras que Harduino y algunos otros diplomáticos, y entre nosotros Masdeu, han atribuido á los falsarios, á quienes suponian organizados en una secta y como en una vasta conspiracion para adulterar la historia en provecho suyo. Es mas, aun en algunos de ellos, hombres de suposicion como D. Pelayo el

fabulista, si no creemos lo que refieren de otros tiempos, no tenemos inconveniente en aceptar casi todo lo que narran como testigos de vista.

§ CLXXXV.

Fin del siglo XI. — Mirada retrospectiva.

Acabamos de recorrer la parte mas penosa de la historia eclesiastica y civil de España. Los restos de la civilizacion romano-goda han perecido al filo del alfanje sarraceno. La desgracia ha concluido de nivelar las razas, y en España ya no hay sino cristianos y musulimes en perpétua lucha.

Dos cuevas en los opuestos limites de la cordillera que corre del Mediterráneo al Cantábrico albergan dos civilizaciones distintas, que van á pelear por la independencia cristiana bajo la enseña de la Religion: la primera baja desde Cangas hasta Toledo, poniendo sus piés en Oviedo, Leon y Búrgos, cual peldaños de esta difícil escala. La otra, menos organizada y mas tardía, avanza á Pamplona, Jaca y Huesca, y amenaza ya á Zaragoza, supliendo con su teson y dureza el número y las fuerzas que le faltan.

Los árabes han decaido de su primitivo vigor: al paso que han adelantado en civilizacion, van languideciendo su valor y su entusiasmo. Almanzor en el siglo X renueva las hazañas de Tarik y pasa por encima de las conquistas cristianas. Los españoles se retiran á los montes, como dos siglos antes, y vuelven sus ojos al cielo. Antes de romper el instrumento de su venganza, la Providencia quiere enseñar á los orgullosos y á los confiados en el poder de su brazo, que un soplo suyo puede aniquilarlos, y que basta la energía de un guerrero inspirado para sostener un reino y derribar otro. A la muerte de Almanzor el manto de Abderrahman queda hecho trizas, y cada wali que se apodera de un jiron se engalana con él y se hace rey, de una ciudad. En breve los moros, llamados como auxiliares, se erigen en señores y amenazan inundar á España con sus almafallas.

La Iglesia de España ha seguido la suerte del Estado en su próspera y adversa fortuna, alentando al combate, exhortando en la pelea, consolando en la derrota, y cortando las rencillas y discordias fraternales: en los escasos momentos de ocio ha manejado la pluma,

mientras el guerrero descansaba apoyado en su lanza. Frugal y aun hambrienta en las montañas, ha participado del botin en la llanura. Si la planta de Almanzor ha pisado sus basílicas aun no terminadas, cual huella el cazador las espigas sin sazonar, la piedad de los Príncipes abre sus tesoros y repara las ruinas de Medina Leyonis, Santyac y Barcelona. Sobérbios monasterios rivalizan con las nuevas catedrales, y deseosos de mayor austeridad, estudian los modelos que llaman la atencion en el extranjero. A la vez las catedrales tratan ya de reformar sus canónicas, y consultan la antigüedad para volver al antiguo fervor de la vida regular y comun. Tal es el estado religioso y político de España en el interior.

En el exterior nuestra Iglesia, que ha vivido casi completamente aislada del resto de la Europa y de la Iglesia por espacio de mas de tres siglos, principia á entrar en relaciones mas íntimas con el Jefe de la Iglesia y la nacion vecina. Fortuna ha sido para España no respirar la malvada y mezquina política de los siglos IX y X, y encerrada en sí misma, y atenta solamente á restaurar su independencia, aislarse entre sus montes y sus mares, cual en una atmósfera artificial, para no respirar los ponzoñosos miasmas de aquel siglo corrompido. De esta manera salva su fe y su moral; y si no adelanta ni mejora, tampoco se corrompe hasta el punto que el resto de Europa.

Ahora que ya desde mediados del siglo XI principia á entrar en mejor camino, España se asociará al movimiento de las demás naciones, y confundida con las restantes iglesias por el vínculo de unidad que las adhiere á la cátedra de san Pedro, no será la que menos contribuya al gran desarrollo intelectual y moral de la Europa.

Pero en vez de dar una mirada retrospectiva, nuestra vista quiere penetrar el sendero, si menos trillado, mas florido y halagüeño, que se presenta ya á nuestros ojos desde mediados del siglo XI, apartando la vista de los abrojos que nuestras plantas acaban de hollar.